



# Virtualia

Revista digital de la Escuela de la Orientación Lacaniana

## SUMARIO

# #15

## Julio / Agosto 2006

### EDITORIAL

Por María Inés Negri

### DESTACADO

#### La era del hombre sin atributos

Por Jacques-Alain Miller

### DOSSIER NUEVAS FICCIONES FAMILIARES

#### El lugar de la familia en la actualidad

Por Enric Berenguer (ELP)

#### Transformaciones en el matrimonio

Por Deborah Fleischer (EOL)

#### La familia y el malentendido particular. Madre sola y nuevas virilidades

Por Mónica Torres (EOL)

#### Los bebés en la serie de los gadgets

Por María Eliane Neves Baptista (EBP)

#### Una familia hoy – Un acting out

Por Betty Abadi (NEL)

#### La familia entre ficción y función

Por Blanca Sánchez (EOL)

#### Conferencia sobre la familia

Por Claudia Lijtintens (EOL)

### MISCELÁNEA

#### La clínica y los nombres del padre

Por Mario Goldenberg (EOL)

#### Los Nombres del Padre. Una puntuación en la perspectiva de real, simbólico e imaginario

Por Lidia López Schavelzon (ELP)

#### Consecuencias de la genética y la pulsión en el abuso, el acoso y el maltrato

Por Astrid Álvarez de la Roche (NEL)

#### Los Nombres del Padre o ¿Cómo prescindir a condición de servirse?

Por Alejandra Breglia (EOL)

#### Padres de familia

Por Marcelo Olmedo (EOL)

### COMENTARIO DE LIBROS

#### Fleischer, Deborah. Clínica de las transformaciones familiares

Comentario de Marcelo Izaguirre

#### Enlaces 11. Intensidades y Duraciones

Comentario de Alejandro Daumas

#### ¡Qué buen uso del síntoma!

Comentario de Marie-Hélène Roch

#### VEL porvenir del inconsciente

Comentario de Mario Goldenberg

## La familia entre ficción y función

Blanca Sánchez

**La familia entendida como “rechazo de la separación”, permite, además de ubicar la disimetría respecto al falo en hombres y mujeres, que sea entendida apelando a los conceptos de alienación y separación. A partir de esto es posible ordenar dos vertientes que articula la noción de familia: la del significante y la del goce, que encuentran su expresión en la noción de familia como ficción y como función. La primera, dando sentido a la vida de un sujeto, encubre el goce que depara la familia y que obstaculiza el conveniente abandono de su causa familiar.**

### La familia como rechazo a la separación

Miller[1] nos recuerda que Freud elucubra el origen de la familia en un capítulo de *El malestar en la cultura* que bien podría titularse “Sobre el origen de la desigualdad entre los hombres y las mujeres respecto de la familia”, parafraseando a Rousseau en “Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres y las mujeres”. [2] Es así, entonces, que en el capítulo IV del texto de Freud antes mencionado, encontramos que “la fundación misma de la familia se enlazó con el hecho de que la necesidad de satisfacción genital (...) dio al macho un motivo para retener junto a sí a la mujer o, más en general, a los objetos sexuales; las hembras, que no querían separarse de sus desvalidos vástagos, se vieron obligadas a permanecer junto al macho, más fuerte, justamente en interés de aquellos”. [3] Miller deduce que Freud explica la génesis de la familia desde el punto de vista del varón y desde el punto de vista de la mujer y plantea que la visión de Freud, producto de su propia experiencia, “ubica, para los dos, en el origen de la familia el rechazo a la separación. En el hombre es rechazo a separarse de una mujer mientras que la mujer se niega a alejarse de esa parte de ella misma que estuvo separada de ella, a saber, su hijo”. [4]

En términos generales, del lado del varón se faliciza a la mujer y del lado de la mujer, al niño, lo cual ya implica que dicha falicización no es recíproca.

Por otra parte, aquel amor que fundó a la familia sigue activo en la cultura, ya sea sin renuncia a la satisfacción sexual directa, ya sea como su modificación, “la ternura de meta inhibida”, dado que ambas formas conservan su función de ligar entre sí un número mayor de seres humanos. Pero Freud señala que el nexo de amor con la cultura pierde su univocidad, el amor se contrapone a los intereses de la cultura y la cultura amenaza al amor imponiéndole limitaciones. Esta discordia del amor y la cultura se exterioriza en el conflicto entre la familia y la sociedad: la familia no quiere desprenderse del individuo y “cuanto más cohesionados sean sus miembros, más se inclina a segregarse de otros individuos y más difícil se les hará ingresar en el círculo más vasto de la vida”. [5] Es decir, a mayor cohesión dentro de la familia, mayor segregación con la comunidad por fuera de la familia. Esta formulación freudiana de segregación versus cohesión se apoya en la lógica del “para todos”, “todos iguales”, en donde nadie debe sobresalir con su diferencia, pues en cuanto surge la diferencia se la aplasta. [6]

Miller dirá que en las sociedades primitivas existen formas ritualizadas de pasaje que organizan el alejamiento del sujeto de sus intereses libidinales, para entregarlo al grupo humano más amplio, cuestión que en el estado moderno del individuo se pone en forma en un desapego en el que se destaca la necesidad de desatar el nudo familiar y realizar “el rito de pasaje que no se cumplió”. [7]

Esta idea de la familia como “rechazo de la separación”, además de leerse desde la disimétrica falicización para hombres y mujeres, podría leerse desde los conceptos de alienación y separación de la causación del sujeto que formaliza Lacan. Estas dos operaciones retoman y dan forma a los conceptos freudianos de identificación y pulsión. En la alienación como identificación, encontramos una sustitución del conjunto vacío por el S1, o sea que en la

elección forzada a la que se ve confrontado el sujeto, se elige al Otro, al S1 y lo que le sigue: el sentido. Pero si coloca su falta, a, en el Otro y deja los significantes del lado del Otro, el a en el campo del Otro es éxtimo: luego de la elección preferencial hay un movimiento de regreso del sujeto en el que, distante del sentido, se vuelve hacia su ser en tanto vacío, como pulsión. De este modo, mientras que en la alienación el sujeto se aliena en el sentido en su encuentro con el Otro, en la separación el sujeto se aísla como vacío de todo lo que pertenece al Otro.[8]

Correlacionando estas operaciones con la identificación y la pulsión, el sujeto se designa como S1 en la identificación. O se sustrae de todo lo que pertenece al Otro y se designa en tanto vacío, designa en a lo que está fuera de los efectos de sentido que se despliegan en el Otro, y en la pulsión apunta a su propia falta y moviliza lo que del organismo se presta a dar consistencia lógica al objeto a. Podríamos concluir, entonces, que la alienación concierne al sujeto del significante, que se hace representar por los significantes que lo determinan, mientras que la separación concierne al sujeto del goce, que se hace valer como a. Encontramos así dos vertientes, la del significante y la del goce, a partir de las cuales la familia para cada sujeto puede ser entendida como el rechazo a separarse de los significantes a los que pertenecen de su familia, el apego a las condiciones de goce elaboradas en la familia, es decir, el rechazo a separarse del objeto.

Ubicar en la definición de la familia las dos operaciones de alineación y separación para poder pensarla como rechazo a la separación, permite construir dos modos de pensar a la familia: la familia como ficción y la familia como función situando justamente las dos vertientes antes mencionadas: la del significante y la del goce.

## La familia como ficción y las antiguas ficciones familiares

La familia como ficción, en principio, implica pensar a la familia como un discurso, el relato que un sujeto hace de la familia y no tanto como una estructura de relaciones. La familia como discurso incluye al sujeto que se sitúa en ella en relación con el deseo del Otro y los significantes privilegiados que provienen de su historia familiar. Se ve reducida así a una serie de rasgos de identificaciones y a una serie de condiciones que señalan su elección del objeto. De alguna manera, la familia como ficción –cuyo mayor exponente podría ser la novela familiar– constituye un entramado simbólico imaginario que le permite sostener al sujeto el apego a un goce que esa trama de significantes familiares cifra, o incluso el apego a un goce fantasmático. La familia como ficción “permite así soportar lo real de su goce”. [9] Podemos agregar también que en cierto modo la familia como ficción se construye sobre aquello que la familia transmite.

Al plantear la familia como ficción es imposible no verse remitido a la novela familiar, a pensar la familia como una novela. “La novela familiar del neurótico”, es un texto de Freud de 1908-1909 que tiene ciertos antecedentes que son justamente del momento en el que Freud deja de creer en su teoría traumática de la causación de las neurosis, sostenida en la creencia de la existencia de vivencias sexuales prematuras traumáticas efectivamente acontecidas. En las Cartas a Fliess, en 1897, Freud relata que encuentra que en la histeria, detrás de “los elevados requerimientos que se ponen en el amor o en la humillación ante el amado o en el no poder casarse a causa de unos ideales incumplidos”, se vislumbra al padre; el fundamento de esto para Freud es “la altura del padre que se inclina hasta el niño” comparable con “los delirios de grandeza de la paranoia y la invención poética de una enajenación con respecto al linaje”. Comparando así estas ideas con el delirio de la paranoia, de donde podemos deducir ya cierta caída de esa creencia en la realidad efectivamente acontecida. Freud habla incluso de “novela de enajenación para ilegitimar a los parientes”.

El texto de “La novela familiar...”, al fin y al cabo, es un texto que denuncia que la novela está al servicio de mantener o incluso enaltecer la figura de los padres. La novela familiar es el resultado de todo ese proceso de desasimilación de la autoridad de los padres; resulta de ciertas fantasías en las cuales el sujeto cree que es adoptado, que es bastardo, y también de fantasías de venganza, represalias sobre todo cuando aparece algún rival frente al cual se disputa el amor de los padres, la presencia de un hermano, por ejemplo. En una última etapa de la conformación de la novela familiar aparece la idea de que la madre es certísima y el padre incierto. Frente a esto se genera una tendencia a enaltecer al padre, pero también cierta inclinación nacida de la cuestión pulsional, “del placer de poner a la madre en situación de infidelidad”, que después será uno de los rasgos que toma Freud para hablar del tipo particular de elección de

objeto en el hombre, que es el de la mujer degradada. Venganza y represalia surgen, entonces, de querer castigar a los padres por el desarraigo de las malas conductas sexuales.

Freud acentúa que la novela aparece como una manera de poder enaltecer la figura de los padres; sin embargo, se podría pensar que si se construye la novela para enaltecer la figura de los padres, es porque esta figura nunca lo estuvo. Parece tratarse de la novela sobre la novela: ha habido un enaltecimiento, engrandecimiento de los padres en la infancia sobre lo cual se montaría luego la novela familiar. Siempre se trata de una novela, no va haber una manera de decir cuál o cómo fue el padre de la realidad.

Voy a tomar dos familias de otros tiempos, de dos muchachas: Isabel y Dora. Freud mismo dice, con respecto a sus historiales, que encuentra que se leen como una novela, lo que dejaría ausente cierto sello de seriedad de la cuestión científica y supone que esto es así "por la naturaleza misma del asunto".

Al inicio del historial de Dora, Freud recomienda tomar en cuenta "las condiciones humanas y sociales de los enfermos y también las relaciones familiares"[10] pero no para determinar la cuestión de la herencia sino en razón de "otros vínculos".

Hay en la construcción de estos casos, en el estilo en el que están escritos, ciertos rasgos de la novela romántica como forma narrativa, al estilo de El joven Werther.[11] Es posible rastrear, por ejemplo, en los sentimientos de Dora la misma estructura de narración que en el joven Werther, pero será después de la Primera Guerra cuando, tal vez por los cambios de las condiciones históricas sociológicas y culturales, que caerá en Freud la idea de armar los casos clínicos, los historiales como novelas. Cambia Freud la presentación de sus casos. Podríamos aventurar que tal vez esta forma novelada de relatar los casos tenga relación con la idea de Freud de acentuar la cara más novelada de la familia, la teoría del recuerdo, la noción del inconsciente como lo reprimido, la simetría del concepto de Edipo. Luego, con el pasaje del trauma a la fantasía mediado por la pulsión, y más adelante con la pulsión de muerte y la segunda tónica, en donde lo inconsciente ya no coincide del todo con lo reprimido, la familia pasa a estar leída a la luz del complejo de Edipo propiamente dicho y el relato de los casos toma otra forma –en realidad, se trata únicamente del caso del Hombre de los Lobos. Quizás, entonces, el modo de presentar el caso, no sólo tenía que ver con cuestiones culturales y con estilos literarios de moda sino también con el distinto modo de leer sus casos a la luz de los nuevos conceptos.

Con la hipótesis freudiana acerca del origen de la familia encontramos una diferencia entre hombres y mujeres, lo cual nos permite introducir la relación al falo, a la falta del Otro de unos y otros en la familia. Por otra parte, tomar la novela familiar de dos muchachas en estos términos, nos permite evocar las estructuras elementales de parentesco dado que en ellas también hay una diferencia entre hombres y mujeres. Las mujeres son consideradas en ellas como los bienes que circulan, mientras que los hombres se quedan en la familia, a la espera de recibir una o de dar otra. De este modo, podríamos decir que por la alteridad de la mujer y por su circulación se introduce la exogamia.[12]

Isabel de R[13] era alguien –como Freud dice– con un alto sentido de familia; uno podría decir, incluso, que era una enferma de la familia. La dama en cuestión sufría de una particular parálisis en la pierna, tenía ciertas dificultades al caminar; la familia ya no marchaba más y ella tampoco. Freud encuentra el sentido último de los síntomas de Isabel en el enamoramiento de su cuñado, el marido de la menor de sus hermanas. Una vez más, Freud se equivocó al insistir en darle la "solución", como con Irma y con Dora.[14]

Isabel era la menor de tres hermanas de una familia relativamente próspera y feliz –nos dice Freud–, hasta el momento en que comienzan a surgir las desdichas y a la familia le empiezan a pasar pocas cosas alegres: primero la enfermedad y muerte del padre, después la operación de los ojos de la madre y después la muerte de una de las hermanas. Isabel tenía tierno apego a los padres. El padre era un hombre alegre y dotado de la sabiduría del vivir aunque padecía una afección cardíaca crónica que soportaba con amable resignación, tal como nos dice Freud.

Decía de Isabel que le sustituía el hijo varón con quien hubiera podido intercambiar ideas, y ella vivía preciándose de su padre, del prestigio y de la posición social de su familia y guardaba con celo todo lo que tuviera que ver con ellos. Al morir el padre, queda en esta familia un gran vacío, queda una familia de cuatro mujeres. Al año de su muerte, una

de las hermanas se casa con un hombre que se atrevió a descuidar “el miramiento” que había que tener por la madre; podríamos decir que este hombre era alguien para quien la familia –al menos la de su esposa, por lo que sabemos– no era lo primero. Por una cuestión de negocios decide trasladarse con su mujer, lo que enloquece a Isabel, ya que se había propuesto recuperar la dicha familiar; que llega a reprocharle a esta hermana su docilidad de esposa, ya que se desentiende de su madre y decide irse no importa lo que pase. La otra hermana se casa con alguien que sí se asimila a la familia, un hombre quizás menos inteligente pero que tenía una actitud un poco más condescendiente con estas mujeres; alguien, podríamos decir, que entra a esa familia. Cuando esta hermana muere, Isabel ve hacerse pedazos lo que había anhelado para la familia. Este hombre, al quedar viudo, se aleja de la familia de Isabel, atraído un poco por la propia. Freud construye que, habiéndose alejado de su familia de origen, ésta aprovecha la ocasión para atraerlo de vuelta hacia sí. Un claro ejemplo de la dificultad que la familia tiene, a veces, de soltar a sus integrantes. Tampoco había aceptado vivir con la madre de Isabel porque no iba a ser bien visto socialmente que el cuñado viudo viviera con la hermana soltera bajo el mismo techo. Isabel y su madre se enojan mucho con él porque no quiere entregar al niño que había tenido con su esposa, no quiere dejar que ellas se hagan cargo de él.

Este caso demuestra, a las claras, cómo la familia, en tanto estructura de significantes, siempre remite a la relación de una familia con otra y a las nociones de alianza e intercambio.[15]

Para colmo, entre ambos cuñados había habido un problema por dinero, que es retomado por Freud hacia el final del historial, en donde relata una maniobra que realiza que es particularmente llamativa. Tratando de ocuparse del asunto, como un amigo y como forma de adelantar la cura catártica, tiene una entrevista con la madre en la que se entera que esta pelea entre cuñados no había sido tan seria como parecía. En esa entrevista, trata de rastrear, además, las cuestiones del corazón de Isabel con relación a ese cuñado. Freud le cuenta a la madre el amor de Isabel por este cuñado, amor que la señora ya había percibido aunque no se hubiera imaginado nunca que esto era en vida de la hermana. La madre de Isabel replica que ese casamiento estaba mal visto, que en verdad los que aconsejaban a la familia lo desaconsejaban totalmente ya que este hombre no estaba todavía repuesto de la muerte de su esposa como para casarse con Isabel.

Freud usa estos datos que le da la madre en una última entrevista con Isabel porque venía el verano y decide no atenderla más; supone que ella podía seguir con éstos esclarecimientos con la madre (!!). Hay un punto allí donde Freud reenvía a Isabel con la madre y semanas más tarde recibe una carta de la mujer, desesperada, porque a Isabel le habían vuelto los síntomas y estaba furiosa con Freud por haber develado su secreto.

Qué distinta es la posición de ese Freud de los inicios del psicoanálisis, de la que se deduce de lo que dice en las Conferencias de introducción al psicoanálisis respecto de las resistencias externas en relación con la familia. Respecto de qué hacer con la familia, él compara allí la terapia psicoanalítica con una cirugía y dice: “Ustedes conocen los preparativos que se les suele pedir al cirujano, un lugar adecuado, buena luz, ayudantes, alejamiento de los parientes. Ahora pregúntense cuántas de estas operaciones saldrían bien si tendrían que realizarse en presencia de todos los miembros de la familia, que meterían la nariz en la mesa de operaciones y a cada corte de bisturí prorrumpirían en gritos. En los tratamientos psicoanalíticos, la intromisión de los parientes es directamente un peligro, y de tal índole que no se sabe cómo remediarlo. Tenemos armas contra las resistencias internas (...), pero, ¿cómo nos defenderíamos contra aquellas resistencias externas? Ningún esclarecimiento puede ganarles el flanco a los parientes (...) y jamás puede hacerse causa común con ellos, pues se correría el peligro de perder la confianza del enfermo. Quien conozca las profundas desavenencias que pueden dividir a una familia no se sorprenderá, como analista, si encuentra que los allegados del enfermo revelan, a veces, más intereses a que él siga como hasta ahora y no que sane”. [16] Esta cita es de la página 418 del tomo 16 de la edición de Amorrortu de las Obras Completas. Es una de las pocas indicaciones que da Freud sobre cómo manejarse con la familia del paciente. Otra es la posición con Dora.

Freud en ese historial propone leer las condiciones humanas y sociales, las que he podido extraer de un libro de una psicoanalista americana eriksoniana, Hanna Decker, titulado Freud, Dora y Viena del 1900.[17] La autora hace una lectura de Dora más bien feminista ubicándola como una víctima de cierto machismo de la sociedad, de cierta posición autoritaria del padre, de una madre un poco aireada y sobre todo lo que remarca es la posición antifeminista y antisemita que se estaba poniendo en juego en ese fin de siglo. Así es que leeré la familia de Dora desde el famoso historial de Freud[18] articulándolo con las investigaciones de esta autora.

Tenemos al padre de Dora, un hombre del que Freud dice que era dominante, como un *pater familia* en una sociedad patriarcal y autoritaria. Recordemos además que la Viena de la época de Dora era una época en la que la autoridad se apoyaba netamente en la tradición. Este hombre había sufrido de sífilis, algo muy habitual en la época puesto que los casamientos se postergaban hasta bien pasados los veinte, es decir, hasta que los jóvenes tuvieran una posición económica asentada; pero por otra parte prohibían las relaciones prematrimoniales lo que hacía que se tuvieran relaciones con jóvenes pobres o con prostitutas. Es la sífilis del padre lo que después produce ciertos síntomas, siendo Dora pequeña, a raíz de los cuales el Sr. K le da la indicación de ir a ver a Freud.

El padre de Dora es un hombre que pasó de la condición de pobre a la prosperidad de clase media. Parece ser que era un ciudadano sólido y con mucho éxito en los negocios; los diversos biógrafos de Otto, el hermano de Dora –que había sido una persona importante para el socialismo de la época–, describen al padre como un sujeto vivaz, encantador, intelectualmente activo, alguien que luchaba a favor de un estado constitucional con libre expresión, con la separación entre Estado y la Iglesia. Vivía de sus ganancias, invertía y se ocupaba poco del nivel de vida de sus empleados. La mejora que va produciéndose con relación a su situación económica está sostenida por la mejora de los tiempos, los avances de la tecnología de la época, de la industrialización que ayudaron a que el padre de Dora pudiera ir estableciendo diversas fábricas en el ámbito textil.

La madre había sido la prometida del padre de Dora a los 17 años y se casó a los 19; de acuerdo a las fechas, los cálculos no cierran y no se sabe a ciencia cierta si no quedó embarazada del hermano de Dora antes de casarse. En ese momento, desconocía la sífilis del padre de Dora, de lo que se entera en el momento en que el hombre consulta a Freud.

En un determinado momento, el padre de Dora sufre un ataque de tuberculosis por lo que tienen que mudarse de Viena, donde residían, a Megane, una ciudad con un balneario donde se hacían curas para tuberculosos. Esto hizo que para la madre de Dora se cortaran las visitas a su familia de origen; la mujer tenía una relación bastante estrecha con su familia de origen y a raíz de esta mudanza se interrumpieron dichas visitas, tras lo cual su vida comenzó a centrarse cada vez más en la familia que había formado con el padre de Dora y sus dos hijos.

Además, la madre sufre de gonorrea y Dora supone –y Freud en eso la segunda y la apoya en esa sospecha– que se contagió del padre. A raíz de esto, Dora tiene que acompañar a su madre también a otra localidad –era habitual las localidades especializadas en las curas de determinadas enfermedades–, donde iban las mujeres que tenían determinadas afecciones de transmisión sexual. Podemos así imaginarnos el entorno en el cual empieza a moverse Dora: no eran las condiciones óptimas para una jovencita victoriana que estuviera escuchando los padeceres de las enfermedades venéreas de las mujeres. Pero lo que sucede además con la madre de Dora es que era una obsesionada por limpiar la casa. Esto es algo que Freud también remarca en el historial, a punto tal que nos dice que hacía que fuera difícil “disfrutar y gozar de los objetos de la casa”. Decker, por su parte, ha rastreado este tema tomando las correspondencias y los testimonios de los amigos de Otto, e incluso de parientes, y plantea que todo lo relacionado a la limpieza lo hacía la madre de Dora y agrega –en una equívoca expresión– “nadie más que ella podía hacerlo lo bastante bien para satisfacerla”. La madre de Dora había establecido reglas en relación con la casa: había que sacarse los zapatos al entrar, había que dejar la casa vacía los viernes porque era el día de limpieza general, y cerraba las habitaciones con llave para que quedaran limpias; este detalle aparece en uno de los sueños de Dora, el reproche que le hace el padre pues Otto quedaba encerrado, ya que una de las habitaciones que cerraba era el comedor, que era lo que comunicaba con la habitación de Otto. Es decir, dejaba encerrado a Otto, que tenía 19 años, no era ningún niño, pero la posición de Otto era la de aceptar estas cosas de la madre. El padre de Dora, en relación con esta “psicosis del ama de casa”, terminaba dependiendo de esta mujer para poder obtener sus puros o tomar su cognac, pues todo tenía un lugar especial en la casa. Decker señala que en ese matrimonio se había armado un *modus vivendi*: él tenía cierta autonomía pero, en las cuestiones domésticas, dependía totalmente de su mujer. Hay incluso un episodio que aparece en el historial en el cual Dora le pide a su madre cinco veces la llave del gabinete para darle el cognac al padre; Dora se revela a esto rotundamente, pero también hay un punto en el que se identifica, según lo que ubica la autora antes mencionada.

Otto, el hermano de Dora, es catorce meses mayor que ella. Creció junto a Dora y fue su modelo hasta los 7 u 8 años; la ruptura que se produce con Otto a esa edad y todo el advenimiento de ciertos síntomas de Dora, tienen que ver para

Decker con la entrada de Otto al gimnasio, que sería la escolaridad de los muchachos alemanes. Es muy diferente la educación que había recibido Otto y la que había recibido Dora en Megane, que consistió en ir a un colegio de monjas donde recibió una educación un tanto mediocre. A los 10 años, Otto escribe una obra que se llama "El final de Napoleón" y se la dedica a los padres para Navidad; la obra cuenta la situación de una mujer atrapada entre la rivalidad de su marido y su padre -pensemos en la madre de Dora teniendo éstos viajes que se cortan a raíz de la enfermedad del padre por lo cual deben trasladarse a Megane- y además un triángulo entre el marido, su anterior esposa y su actual mujer.

Otto se había interesado por el socialismo que fue una de las maneras que habían encontrado los judíos de la época para la asimilación.

La familia del padre de Dora era originaria de Bohemia que era un pueblo que había sufrido toda una serie de segregaciones bastante importantes; por ejemplo, hubo una ley en el 1700 que limitaba el casamiento: se podía casar sólo el hijo mayor, después de cumplir 24 años y habiéndose muerto el padre, lo que dio origen a que un montón de judíos se casaran ilegalmente y cuyos hijos llevaban el apellido de la mujer. Después hubo un emperador que bregó en cierto modo, por una mayor tolerancia proclamando algunas medidas y edictos para la integración, pero en verdad la cuestión antisemita seguía proliferando en altas esferas del gobierno y en algunos lugares con relación al pueblo. Por eso lo que Decker ubica del judaísmo de la época de Dora es que, si bien Dora fue de la primer generación totalmente integrada, también nace en el momento en que se generan las células más fuertes de antisemitismo, con el surgimiento de ese término. La integración había comenzado primero a nivel cultural, después por el lado de la entrada al sistema capitalista, y otra de las vías era la que había elegido Otto, la del socialismo, elección que realiza -según su propio testimonio autobiográfico- para ponerse al servicio de la clase obrera porque se sentía moralmente obligado a los trabajadores en su lucha contra la injusticia social. Reconoce que otros jóvenes a su edad debían trabajar, mientras que él a los 13 años había podido acceder al estudio, y además notaba que los progresos del padre de Dora habían sido sin miramientos de las condiciones de vida de aquellos que trabajaban en su empresa, y es por ello que se sentía con la obligación de tomar esa deuda que había dejado el padre.

Dora pertenecía, entonces, a una clase media que debía hacer frente a diversas cuestiones: la exigencia de los partidos más radicales, los obreros organizados, los movimientos feministas y además el desprecio de los intelectuales a esa clase media en crecimiento. Una de las cosas que también ubica Decker con relación a la familia de Dora era la posición un poco ambivalente de los padres de Dora en relación con la sexualidad puesto que, como pertenecientes a una familia de buen nivel, estaban de acuerdo con las convenciones represivas en la educación de Dora. Aunque Dora también era alguien que estaba en condiciones y tenía los medios de adquirir y recibir comunicaciones -favorecidas por los padres- sobre temas sexuales. Por un lado, indicaban y deseaban educar a su hija según éstas convenciones sociales pero, por otro lado, Dora tenía unas gobernantas que estaban a cargo de su educación y de su cuidado, que tenían una posición un poco ambigua, puesto que la cuidaban pero también le permitían acceder a ciertos temas sexuales. Los padres de Dora no se preocupaban demasiado por las salidas que hacía Dora con el Sr. K, que hubiesen sido muy mal vistas en la época, sobre todo a medida que Dora crecía; salían de paseo solos, él le hacía regalos, le enviaba flores por correo, lo que socialmente no era muy bien visto, pero sin embargo los padres de Dora consentían a ello.

¿Cuál sería la posición que podemos suponer que tenía Freud respecto a la familia de Dora? El padre le cuenta toda la situación en la primera entrevista que tiene con Freud y le pide que "procure ponerla (a Dora) en buen camino". Freud escucha que el padre le atribuye a Dora cierta terquedad, que primero deduce del carácter de la madre y luego, en verdad, le dice a Freud que Dora tiene el mismo carácter que él, por lo cual Freud decide allí escuchar a la otra parte. El padre de Dora hace un planteo un tanto ingenuo de sus relaciones con la Sra. K, que Freud, con lo que Dora le dice y con su suspicacia, despunta que en verdad eran amantes, y aunque el padre diga que es una amistad platónica, Freud no le cree demasiado. Freud se mantiene más al margen de los desaguizados familiares, e incluso, en un comienzo y para alojar a Dora, reconoce con ella la mentira del padre para poder así realizar la implicación subjetiva de Dora.

Si tuviéramos que ubicar la presencia del falo simbólico como significante del deseo del Otro en la estructura familiar, en la medida en que cada uno recibe su lugar en la familia por la posición respecto del falo[19], diríamos que hay en

las dos muchachas dos posiciones diferentes, ya sea que se trate de identificarse al falo o a la falta en el Otro, aunque en ambos casos se trate de responder a la castración para negarla.

Isabel responde a la castración del Otro familiar haciéndose portadora del falo y su defensora acérrima, presentándose como una defensora acérrima de la familia; convierte a la cosa familiar en un emblema, o sea, se hace aquella que vendría a completar la falta del Otro en la familia.

Dora, en cambio, se consagra a poner en descubierto a la familia, en este caso al padre, a hacer una denuncia todo el tiempo de este déficit de la familia. Toma una posición de desafío dirigido al Otro, posición que rompe el pacto simbólico con él para encontrar su falta, denunciando la verdad de todo pacto en el que prima el consentimiento de las partes para aceptar la castración del Otro. Así, se dedica a poner en descubierto esa falta en el Otro, rechazando la alteridad del sexo, "elige el objeto al precio de rechazar su sexo".[20] Ambas jóvenes se presentan como atrapadas en esa novela familiar, sin poder reducirla y sin poder desfamiliarizarse del todo con ella.

Lo interesante de subrayar en estas familias de otros tiempos, de los tiempos del Otro que existe y tiene su consistencia, es que justamente por ello la ficción también tiene su consistencia y los significantes amos funcionan verdaderamente para regular o para oponerse a ellos; desde ellos se dice qué se hace y qué no, por ejemplo, en la familia y en la pareja. Es la época del padre, aunque sea bajo la forma del excombatiente, el que tiene sus títulos y el que regula, de una u otra forma, el goce. También es una época en la que priman las sorpresas del inconsciente por sobre los desarreglos del goce. El psicoanálisis, así, funciona verdaderamente como el reverso del discurso del amo.

## Lo que resta de la novela.

Pero además de la vertiente del significante en la familia podemos remitirnos a lo que del goce se juega en ella. De este modo, ubicar lo que resta de la novela a partir de la cual se construye la familia para alguien implica tratar de situar en la familia lo más pulsional, lo económico –en términos freudianos. Una primera aproximación sería circunscribir qué de la trama familiar está enlazado al fantasma y al superyo, es decir, con el goce que se presenta cifrado en los significantes familiares lo que implica su conservación.

El amor que parecen tener los miembros de una familia entre sí puede estar al servicio de encubrir el punto en que la pulsión ha quedado fijada, o sea, a los objetos familiares o a las condiciones de amor elaboradas en el seno de la familia. Podríamos decir que la novela familiar encubre, bajo una ficción que da sentido a la vida de un sujeto, el goce que depara la familia que la transforma en un obstáculo para que un sujeto abandone la causa familiar por una propia, lo que conlleva al aplastamiento del deseo de un sujeto.

Así es que es posible rastrear en el fantasma las determinaciones de la familia, ya sea a partir de algunos significantes privilegiados, ya sea a través de algunas zagas y mitos imaginarios.

Sabemos que el fantasma se presenta como una respuesta que el sujeto construye frente a la pregunta por el deseo del Otro, y, en ese sentido, la familia es justamente el lugar desde donde el sujeto comienza a descifrar el deseo, desciframiento que es la pregunta por el deseo del Otro. En ese sentido, y por la vía de tratar de ubicar alguna articulación entre la familia y el fantasma, es necesario reconocer la función que cumple en cada cual el deseo de sus padres, pues el fantasma como respuesta al deseo del Otro no es sin el planteo de cuál es la relación del Otro, encarnado en los padres con su propia falta y su propio deseo. Se tratará también de discernir cuál ha sido el modo, en qué lugar la madre ha alojado –como dice Lacan– a ese parásito que será su producto, o bien lo que el sujeto fue para el Otro en su erección de ser vivo. Recordemos en este punto, la definición de familia que podemos deducir de los planteos de Miller en "Cosas de familia en el inconsciente": la familia esta formada por el Nombre del Padre, el Deseo de la madre y el objeto a,[21] lo cual nos remite nuevamente a las operaciones de alienación y separación que introdujimos al inicio.

Pero el fantasma también es una maquinaria, una articulación significativa que permite sujetar el goce para sosegarlo, permite dominar el goce por medio de una relación al objeto, es decir, permite relacionar goce y placer.[22]



El propósito por el cual uno podría ubicar esta articulación entre familia y fantasma, es el de situar el camino por el cual, a través de un análisis, se produce para el sujeto una desfamiliarización, un atravesamiento de los emblemas y los objetos familiares, como para dar “una vuelta por las nadas” para acceder a circunscribir ese punto de vacío que ordenó la vida de un sujeto. Es decir, encontrar lo que causa el deseo que no se justifica por el mito o la novela familiar. Es un camino en el cual se trata de ubicar lo que de la familia se juega en el fantasma –lo más familiar para un sujeto– pero para poder desde allí encontrar justamente lo no familiar, lo más singular de ese sujeto; una camino desde lo familiar hacia lo singular. Es decir, poder ir de la novela a la familia del fantasma y desde allí cernir ese punto de no familiar y que hace a lo más singular de un sujeto, en su modo de goce y en la causa de su deseo.[23] Dicho de otro modo, es intentar que en un análisis el sujeto vuelva sobre la gramática del fantasma, que estaría del lado de la inercia de la pulsión y de la fijeza, y en esas vueltas poder acceder a la fijación de goce que sería lo más singular.

Sin embargo, plantear lo que de la familia se juega en el fantasma, nos deja todavía en la encrucijada entre real y ficción, ya que si bien el primer acceso que se puede tener de lo real es a través del fantasma. El fantasma, desde el punto de considerar a lo real como lo que excluye al sentido, como lo que no tiene ley, quedaría del lado de la ficción.

Allí cuando Lacan comienza en su enseñanza a introducir la familia del fantasma, es decir, la pareja del sujeto como objeto a, también empieza a despuntar la noción del malentendido entre los sexos. Así, arribamos a una última referencia respecto de la familia: la familia como la sede del malentendido entre los goce particulares que implica la introducción del malentendido entre los sexos, desde la última enseñanza de Lacan.[24]

## La familia como función

Dos referencias nos acercan a la última parte de la enseñanza de Lacan. Por un lado las “Dos notas sobre el niño”, de 1969, muy cercanas al Seminario 17, esa época que Miller ha ubicado como la del goce discursivo, es decir, lo que podríamos ubicar como cierta conjunción entre significante y goce, o cierta gocificación del significante. Hay que recordar que se trata de un seminario que es una “bisagra” hacia las conceptualizaciones finales de Lacan sobre la sexuación.

La otra referencia es la clase del 10 de junio de 1980 del seminario de Lacan “Disolución”, clase que lleva por título “El malentendido”.

De las “Dos notas...”, podemos recortar, por un lado, lo que Lacan ubica como la función de residuo que sostiene la familia en lo que él denomina “la transmisión de un deseo que no sea anónimo”, y por el otro el modo por el cual la familia queda reducida a la función de la madre y el padre: la de la madre en la medida en que sus cuidados están marcados por un interés particular, por la vía de sus propias carencias, de sus propias faltas; la del padre, en la medida en que su nombre permite la encarnación de la ley en el deseo. Orientarse a ubicar qué se transmite a través de la familia, lo que nos permitirá delimitar su función y separarla de su forma.

En “El malentendido”, Lacan ubicará que el trauma propiamente dicho para los seres hablantes es que el hombre nace malentendido, o incluso diríamos que nace del malentendido. Dirá Lacan que el cuerpo es el fruto de un linaje y que buena parte de nuestras desgracias se deben a que ya nadaba en el malentendido tanto como podía... Eso es lo que les transmitió “dándoles vida”. Eso heredan. Y ello explica vuestro malestar en su pellejo, cuando es el caso.

Así el malentendido es el legado que recibimos y que ya antes de recibir ese “hermoso legado” formamos parte del “farfullar de nuestros ascendientes” incluso antes de nuestro propio farfullar. Hay una posición bastante radical en Lacan, ya que para él no hay otro trauma que nacer como deseado. Deseado o no da igual, ya que es por el ser hablante (parletre). El ser hablante se reparte, por lo general, en dos hablantes. Dos hablantes que no hablan la misma lengua. Dos que no se escuchan hablar. Dos que no se entienden, sin más. Dos que se conjuran para la reproducción, pero de un malentendido cabal que vuestro cuerpo hará pasar con dicha reproducción.

Es así que para Lacan el diálogo no está presente en la producción de un cuerpo nuevo de hablante, está ausente de hecho. El principio no se inscribe sino en lo simbólico, y es el caso del llamado principio de la familia. De esta extensa cita se desprenden, entonces, en primer lugar, que nos encontramos frente a la no relación: no hay relación entre el goce del Uno y el goce del Otro, entre el goce fálico y el Otro goce, no hay relación entre significante y goce, no hay relación entre la palabra y su referente, hay exclusión entre sentido y real. Tal vez podamos entender al malentendido como el equívoco propio de la lengua, equívoco por el cual la palabra no tiene referencia última lo que abre esa hiancia que da lugar al inconsciente. En segundo lugar, poder sostener que, como no hay relación sexual, como hay dos que no hablan la misma lengua, hay malentendido. Y que es por el hecho de que en la producción de un cuerpo nuevo de hablante no hay diálogo, aquello que podemos ubicar como el principio simbólico es la familia. Digamos que se produce un cuerpo y se reproduce el malentendido. Algunos años antes, Lacan nos decía que si los analizantes dedicamos tantas sesiones de nuestro análisis a hablar de la familia es porque desde allí recibimos nuestra relación a la lengua. Nos dice, además, por qué no ser menos memoriosos y más poetas, explotar el malentendido...

La familia entonces, transmite el malentendido. Esa transmisión y el tratamiento que puede hacerse en la familia del malentendido no es sin poner en juego la relación que aquellos que encarnaban la función paterna y materna tenían respecto de la castración y la sexualidad femenina, respecto del malentendido estructural. De qué modo se las han arreglado con la ausencia de la relación sexual, con la disparidad de los goces, con la castración, porque investigar sobre la familia para verificar qué en ella muerde lo real, nos conduce irremediamente a la sexualidad femenina. Pero por el otro, porque no podemos dejar de precisar "las consecuencias clínicas de la sexualidad femenina en la medida en que cada uno es hijo de una madre", como nos dice Miller en *Elucidación de Lacan*. En todo caso, tomando las "Dos notas...", nos vemos llevados a hacerlo en la medida en que debemos considerar cuál es la relación a su propia falta de quien encarna la función materna pues por ahí se juega la particularidad de un cuidado que deja marcas.

Poniendo el acento en el goce y lo irreductible al significante, podemos abordar a la familia como función lógica para un sujeto, tomando el modelo del síntoma como función de goce. Casi podríamos decir que se trata de poder pensar en la contracara de la familia como ficción. Esto nos conduce a ubicar las funciones de los distintos "personajes" de una familia para separarnos de ellos y situar no solamente la función del padre sino la de la madre y también la de los hermanos. Es situar lo que la familia transmite como significantes del deseo y marcas del goce.

Por otra parte, como la forma de familia ha ido variando a lo largo de la historia -de la historia de la humanidad, de la historia del psicoanálisis, de las historias de los analizantes e incluso de la historia de cada uno de los analizantes- es necesario tomar a la familia entre ficción y función para poder separarse de sus diversas formas. Incluso, situarse en esa perspectiva se convierte en una herramienta útil en un tiempo en el que hay un desfallecimiento de lo simbólico, donde se hace cada vez más patente la inexistencia del Otro y de los significantes amos que regulen el goce -lo que nos lleva a la proliferación de los desarreglos del goce por sobre las sorpresas del inconsciente- y en donde la familia es cada vez más difícil de ser pensada y abordada desde la ficción. Es una perspectiva que nos permite situarnos en nuestro tiempo, en las nuevas formas de familia y su relación con las patologías contemporáneas de la identificación.

1- Miller, J.-A., *De la naturaleza de los semblantes*, Paidós, Buenos Aires, 2004.

2- Para mayores referencias sobre este tema, ver la presentación de Linda Katz en el Seminario Asociado al ICBA del Departamento de Estudios Psicoanalíticos sobre la familia - Enlaces, "La familia y el psicoanálisis", en la clase del 15 de abril de 2002.

3- Freud, S., *El malestar en la cultura*, OC, vol. XXI, Amorrortu, Buenos Aires, 1985, pág. 97.

4- Miller, J.-A., *De la naturaleza de los semblantes*, op. cit., pp. 130-131.

5- Freud, S., *EL malestar en la cultura*, op. cit., pp. 100-101.

6- Katz, L., Seminario Asociado al ICBA del Departamento de Estudios Psicoanalíticos sobre la familia - Enlaces, "La familia y el psicoanálisis", en la clase del 15 de abril de 2002, inédito.

7- Miller, *De la naturaleza de los semblantes*, op. cit., p. 133.

8- Miller, *Los signos del goce*, Buenos Aires, Paidós, 1998, pp. 185-242.

9- Cherni, N., "Mme. Bovary o el goce de las burguesas", Enlaces 8, publicación del Departamento de Estudios Psicoanalíticos

sobre la familia – Enlaces, Buenos Aires, 2003, pp. 27-29.

10- Freud, S., "Fragmento de análisis de un caso de histeria", O.C., Vol. VII, Amorrortu, Buenos Aires, 1985, p. 18.

11- Laurent, E., El acontecimiento imprevisto, Colección Orientación Lacaniana, Paidós, Buenos Aires, 2002.

12- Bassols, M., "La familia del Otro", Lapsus 3, Valencia, noviembre 1993, p. 43.

13- Freud, S., "Estudios sobre la histeria", cap. 5 "Señorita Elizabeth von R"., O.C., Vol. II, Amorrortu, Buenos Aires, 1985, pp. 151-194.

14- Torres, M., Clínica de las neurosis, Cuadernos del ICBA 10, Buenos Aires, 2005, p.42.

15- Bassols, M., "La familia del Otro", op. cit.

16- Freud, S., Conferencia 28° "La terapia analítica", Conferencias de introducción al psicoanálisis, O.C., Vol. XVI, Amorrortu, Buenos Aires, 1985, p. 418.

17- Decker, H., Freud, Dora y la viena del 900, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999.

18- Freud, S., "Fragmento de análisis de un caso de histeria", op.cit., pp. 15-56.

19- Bassols, M., "La familia del Otro", op. cit., p. 45

20- Ídem.

21- Miller, J.-A., "Cosas de familia en el inconsciente", Lapsus 3, op. cit., pp. 5-7.

22- Miller, J.-A., Dos dimensiones clínicas: síntoma y fantasma, Manantial, Buenos Aires, 1984.

23- Puede encontrarse esto desplegado a través del trabajo sobre el testimonio de un AE en "La familia y el fantasma", Seminario asociado al ICBA La familia y el psicoanálisis del Departamento de Estudios psicoanalíticos sobre la familia – Enlaces, clase del 4/11/2002, inédito.

24- Russo, P., intervención en "La familia y el fantasma", Seminario asociado al ICBA La familia y el psicoanálisis del Departamento de Estudios psicoanalíticos sobre la familia – Enlaces, clase del 4/11/2002, inédito.